

Gran Canaria ante el gran reto: recuperar su vegetación

EL DÍA DEL ÁRBOL, RESPUESTA POPULAR ANTE LA AMENAZA DE DESERTIZACIÓN



Gran Canaria tiene el gran pulso de su vida: restaurar su vegetación. Para ello, no sólo hay que plantar un árbol, se tiene que cuidar también. (Foto A.C.S.)

Un páramo, un desierto inhabitado hubieran sido aquellas tierras ardientes que surgieron del mar hace millones de años al costado del África, en el Océano Atlántico, en un punto que parecería ser elegido de antemano.

La ubicación fue idónea. Las corrientes marinas dulcificaron su temperatura y le aportaron materias vitales que poblaron aquellos islotes donde la geo no se resignó a quedarse inactiva. El aire, la atmósfera, coadyuvó aportando nubes cargadas de humedad en más cantidad cuando el rigor del estío aprieta, dejándolas solas ante el cielo en la etapa de frescor. ¡Toda una afortunada elección!

Un madero, una espora, un insecto, un ave, una semilla convertida en diminuto navío, otra alada cual pequeñísimo aeroplano fueron llegando y poblando las tierras cálidas, rojas, llanas, altas que irrumpieron en la noche de los tiempos en un lugar elegido del Sonoro Atlántico.

Un solar idóneo. Un conservatorio, un museo natural. Se fue enriqueciendo con lo que en otras zonas del Planeta, entonces sí Azul, existía: flora y fauna, principalmente. Y se convirtió en una exposición universal, en una reliquia viviente, en animales, en plantas...

En historia humana después, cuando el hombre llegó y se adaptó a aquellos armónicos espacios ocupados por otros seres, vegetales o animales, donde la ponzoña había quedado proscrita. Un vergel, sin ditirambos, al natural, con especímenes únicos en aquellas nuevas tierras encallados, nacidos, conservados y protegidos.

Hasta que en la historia se hizo otra luz, hubo otras invasiones no ya pacíficas ni dispuestas a entremezclarse, respetando, con los habitantes existentes. Fue, para la Naturaleza, el comienzo del rayo exterminador, de la luz cegadora.

Quinientos años de depredación paulatina convirtieron el suelo en algo

parecido a lo que primeramente fue. Un páramo. Sólo reducidos escaparates, muestrarios de lo que cubrió y embelleció algunas islas quedó en pie, más como afrenta que como mérito.

Entre esas islas, por causas humanas, Gran Canaria fue la más afectada. Su verdor empalideció, ennegreció. Sus especies se redujeron. El espacio fue arrasado. La floresta esquilada. Su destino estaba amenazado por la vuelta al origen: tierras calientes, sin vegetación, en todo caso, invadidas de árboles artificiales, de cajones de cemento, de negras vías asfaltadas. Con mullones frente al reposar de las olas.

Hasta que, igual que surgió la vida, en el hombre que supo de la historia y del valor de lo que había, surgió también la idea, la lucha. Había que plantar otro árbol, había que reverdecer la isla, había que recuperar lo que fuera de su vegetación.

Ya se sabe, a más necesidad, más ingenio, más lucha. Gran Canaria, hoy, es ejemplo de ese pulso del hombre por proteger y restaurar lo que queda y puede frente al que todavía sólo sigue encontrando un solar para la especulación y el exterminio de lo naturalmente nacido y, por ello, con prioridades que había y hay que respetar.

Siglos de desgaste y también pugna con muchos años para evitarlo. Nació la Fiesta de las Flores, las plantaciones, la Fiesta del Árbol, de la Flor y la Poesía. Surgió con la palabra, la acción.

Una acción que se intensificó cuando mayor fue la presión arrasadora. De los años sesenta para acá. Un grupo de montañeros, primero, unos amantes de la Naturaleza, una juventud, un pueblo que permiten celebrar este año el XVIII Día del Árbol, manteniendo en una fecha, el 25 de enero una verdadera Fiesta como paralelamente se expande la actividad repobladora abarcando más espacio, más colaboradores, nuevas especies, de costa a cumbre.



Vistas de una playa recoleta donde el mar se remansa para gozo de bañistas: Veneguera.

Dato histórico por añadirse a las anteriores celebraciones, el de este Día del Árbol, con unas 3.800 personas como participantes y unas 16.300 especies plantadas, a cargo de la Coordinadora del Día del Árbol, formada por los montañeros —el G.M. Gran Canaria fue el pionero— y otros miembros; la Coordinadora Ecologista El Paño; el Cabildo Insular de Gran Canaria que ha mantenido su cooperación desde que también se sumó a esta lucha de recuperación forestal, hace varias décadas, el Gobierno Autónomo y distintos ayuntamientos. Las especies han sido variadas, según las zonas elegidas, desde dragos y palmeras a los pinos de Gomestén, pasando por sabinas, tajinastes, vinagreras, guaydiles, almácigos, etc., y diversas especies de la laurisilva, barbuzano, viñático, laureles...

Se ha plantado en La Umbría y San José del Álamo (Las Palmas de G.C.), en Montaña Cabreja (San Mateo), Vicentillos (Tunte), Amagro (Gáldar) y Gomestén (Artenara).

Y al final de la jornada, la convicción en el participante de que todo ha sido un empezar. Que no se ha terminado nada. Que la lucha ha de continuar, hincando ahí ese árbol que falta, para restaurar el valioso patrimonio vegetal de la isla que, teniéndolo, más se le esquilmo, hasta lograr que, en lo máximo posible de lo poco que le queda, sea reverdecida. Y sabiendo también que todo no está en plantar, sino luego en regar, cuidar, enderezar, como una nueva vida requiere para cubrir sus fines. Y estos, bien sabidos son: volver a cubrir de verdor Gran Canaria.

ANTONIO CARDONA SOSA

Las playas, un bien escaso

El canario siempre, como la historia recoge, tuvo en la mar un medio de sustento, de distracción y aun de religión.

Por eso, particularmente, no estamos de acuerdo con lo de “haber vivido de espaldas a la mar”. Los aborígenes embarrascaban el pescado con leche de cardón, las harimaguadas se bañaban en la costa de Lairaga y el pueblo iba en peregrinación al mar, metiéndose entre las olas para, castigándole con las ramas, rogar por la lluvia.

Era un pueblo aseado. Los baños en el mar eran normales. Los lugares también señalados están por la historia.

Hoy, esas zonas, las costas transitables, usables de las islas se convierten en un atractivo más allá de lo lúdico o placentero: lo es y en mucho por su valor económico, por lo que redundará en favor de las actividades económicas que, basadas en el turismo, están sirviendo de puente para salvaguardar al isleño, al residente arraigado, en sus primeras necesidades. Sin ocultar, eso sí, que para unos les sirve hasta esos niveles y a otros,

la mayoría foráneos o canarios, pero en menor cuantía, les produce cuantiosas ganancias, no debidamente distribuidas.

Pero es el espacio físico que conforma las playas el que se ha de citar porque es un bien escaso y porque su atención debe ser extraordinaria, desde la Autoridad que propicie su pervivencia hasta el usuario que atienda el entorno que pisa o en el que acampa, para evitar suciedades y alteraciones que atenten contra su naturalidad.

Las playas, en nuestras islas, por la especial configuración que poseen, no son abundantes. Aun en esta provincia, en donde las hay en más cantidad.

Conocidas son las principales zonas playeras, en cada una de ellas. En Lanzarote, de Órzola o Famara a las de Puerto Carmen y las que parecen ser el basamento de donde surge y crece la isla: el sur, Playa Blanca, Mujeres, Papagayo. Exóticas y frecuentadísimas. Como en Fuerteventura, las sin iguales de Corralejo, de El Cotillo, de arenas blancas, relucientes, con una formación que las distingue, el jable; al igual que refugien al sol los vastos y blancos arenales del sur, donde el mar se extasía encalmándose en amplias superficies que someramente baña. Jandía, Cofete, Ajuy, sonoros nombres, idílicos parajes playeros de la “isla serena”. O en Gran Canaria, con esa “joya de la naturaleza” que es la Playa de Las Canteras, con un porvenir que una gran visión puede propiciar desde El Rincón a El Confital; San Agustín, El Inglés, el Oasis de Maspalomas y así, del sur al oeste, Mogán, Veneguera, Tasarte, Tasartico, corolarío de calas y playas que, no por su profusión pero sí por su formación, merecen el distinguírselas con un particular respeto y el asegurárselas su entorno admitiendo la intervención humana sólo para mejorarlas, después de investigaciones que permitan aconsejar lo hacedero sin riesgo alguno, y utilizarlas como hacemos de otros bienes particulares: dejándolos de forma que podamos volver a usarlos; es decir, limpios, cuidados, sin estropear, ni romper.

Así, desde luego que sí son utilizables estos espacios de nuestro litoral que, aunque no lo parezcan, son más bien escasos y, máxime, cuando tantas apetenencias despiertan... no sólo en usuarios de fin de semana o vacacionales.

Fotos y texto:

ANTONIO CARDONA SOSA